

CENTENARIO NACIMIENTO
CARDENAL **TARANCÓN**
1907-2007

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

PAUL PRESTON

Buenos días a todo el mundo.

Tengo que empezar diciendo que para mí es un gran placer estar aquí en Burriana, que considero mi pueblo en España. También es un gran honor que el alcalde y la Fundación Cañada Blanch me invitaran a organizar y presentar este homenaje al cardenal. Yo creo que en el momento actual, en el momento político de creciente crispación cobra una especial relevancia que estemos todos aquí para celebrar la vida de un hombre a quien podríamos caracterizar como el exponente del principio de *'in medio virtus'*. O sea, Tarancón como un hombre del extremo centro.

Es evidente que la historia de la Iglesia Católica en la España del siglo XX ha ido, como en todos los mil años anteriores, en paralelo a la historia del mismo país. Todas las crisis de un periodo especialmente turbulento, como fue el siglo XX, tenían su trasfondo religioso y un papel crucial y a veces reaccionario para la jerarquía eclesiástica.

Vicente Enrique y Tarancón entendía cómo la sociedad española estaba fraccionada a causa de la Guerra civil. La Iglesia había proporcionado legitimidad tanto al golpe militar de 1936 como a la institucionalización de la victoria franquista. El régimen de Franco tomó la determinación de mantener la división del país entre vencedores y vencidos y fue una división legitimada por la jerarquía.

Evidentemente, no toda la Iglesia española estaba alineada con la derecha militar. En aquel entonces, el progresista más prominente dentro de la Iglesia española era el arzobispo de Tarragona, el cardenal Francesc Vidal i Barraquer, un hombre de paz, de quien se podría considerar sucesor Vicente Enrique y Tarancón. Si el cardenal Vidal i Barraquer era el hombre de paz durante la Guerra civil, Vicente Enrique y Tarancón era el hombre de paz durante la dictadura.

Al comienzo de la Guerra civil, a pesar de su enorme popularidad en Tarragona, Vidal i Barraquer había sido detenido por milicianos anticlericales anarquistas. La Generalitat Catalana pudo conseguir su liberación y para su seguridad personal organizaron su traslado a Italia, donde pasó el resto de la guerra intentando conseguir mediación

internacional para llevar a término el conflicto. Precisamente, por haber hecho eso, Franco no le permitió nunca volver a España. Una semejante suerte le ocurrió al obispo de Bilbao, Mateo Múgica.

El sentimiento ultra que subyacía en sendas expulsiones volvió en los años 60 con los gritos de ‘Tarancón al paredón’, y por eso insisto en esa continuidad entre los clérigos liberales de los años 30 y el papel posterior del cardenal Enrique y Tarancón. En su día, Múgica y Vidal i Barraquer constituían excepciones. En general, la jerarquía se regocijó con la victoria de Franco, encantada con ver la destitución de la legislación liberal de la República, incluyendo el divorcio y de la devolución a la Iglesia del control de la enseñanza y del monopolio de la práctica religiosa. Sin embargo, en algunas partes de España, la Iglesia no representaba totalmente los valores militantes de la dictadura. En Cataluña y el País Valenciano, por ejemplo, había una Iglesia más sofisticada y liberal. En el País Vasco, la estrecha relación entre el clero y la población rural desmentía la idea de que la Iglesia no hacía más que suministrar la justificación teológica de la injusticia social.

A parte de este enfoque más liberal de muchos clérigos, como el caso de Enrique y Tarancón y hasta algunos elementos de la jerarquía eclesiástica en Cataluña y País Vasco, existía unos sentimientos regionalistas que impactaron sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado centralista. No es baladí comentar que en los años 40, el todavía joven Vicente Enrique y Tarancón, después de haber vivido una experiencia parroquial intensa, en la posguerra –primero en Vinaròs y después en Vila-real- fue nombrado obispo de Solsona, en la provincia de Lleida.

A pesar de la tendencia predominantemente integrista de la jerarquía, a partir de los años 50 era posible percibir un pluralismo ideológico y teológico dentro del catolicismo español. La Iglesia no era, no es, solamente su jerarquía, sino también su comunidad de creyentes. La jerarquía eclesiástica consistía de muchos obispos que creían, como Franco, que un catolicismo militante y guerrero había conseguido todas las glorias del pasado imperial de España y, a la misma vez, que los valores extranjeros liberales eran responsables por el declive y decadencia de España. Sin embargo, siempre había unos obispos subversivos, más interesados en la misión de la Iglesia hacia los pobres y

también en las aspiraciones sociopolíticas de sus feligreses, incluso las regionalistas y nacionalistas.

La misma división se podría trazar dentro de lo que se podría llamar el Pueblo de Dios, es decir, la gran masa de los fieles. El cambio sin precedentes dentro de la Iglesia en los años 60 fue iniciado por las encíclicas del Papa Juan XXIII y las declaraciones del Concilio Vaticano II. Su llamamiento a favor de un diálogo con el mundo moderno fue impulsado después por el Papa Pablo VI y la importancia del papel de Vicente Enrique y Tarancón, arzobispo de Oviedo desde 1964, se vería reflejado por el hecho de que se le llegó a tildar de el hombre de Pablo VI en España.

La aceleración del cambio en España se nutrió de las divisiones de las alas liberal e integrista de la Iglesia, que fueron a la vez consecuencia de los profundísimos cambios sociales y económicos experimentados en la España del desarrollo.

No es de extrañar que el mismo general Franco hiciera todo lo posible para que las conclusiones del Concilio Vaticano II no pudiesen deslegitimar su régimen. Cuando se encontró con la oposición clerical, él y sus allegados concluyeron que la Iglesia había sido infiltrada por comunistas y francmasones. Incluso llegó a la conclusión de que el Papa Pablo VI era un masón, cosa que creo poco probable.

El papel desarrollado en la resistencia contra la dictadura por las asociaciones laicas de jóvenes y obreros católicos tuvo una importancia capital. Llamaron la atención sobre los abusos de los derechos humanos, frente a los cuales la jerarquía se mostraba felizmente miope. Cuando la Iglesia, finalmente, denunciaba la brutalidad policíaca, se agigantó su predicamento entre la opinión pública. El régimen respondió amenazando con reducir su apoyo económico a la Iglesia, una división que amplió las divisiones entre la Iglesia y el Estado. Para entonces, el Papa Pablo VI ya había hecho a Tarancón arzobispo de Toledo y, por tanto, Primado de España. Unos meses después, el Papa le entregó el capelo cardenalicio, en abril de 1969. En febrero del mismo año, ya había sido elegido vicepresidente de la Conferencia Episcopal. Dos años después, cuando murió su presidente, el reaccionario obispo de Madrid-Alcalà, monseñor Casimiro Morcillo, el cardenal Enrique y Tarancón pasó a ser cardenal-arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal.

Por lo tanto, la influencia del cardenal se veía en la contribución de la Iglesia a la construcción de la democracia después de la muerte de Franco. En época de Tarancón, los católicos se veían libres a votar sobre la reforma política según sus conciencias y los políticos fueron alentados a comportarse moralmente como cristianos.

En una nueva situación de mercado libre respecto a las elecciones éticas, el cardenal Enrique y Tarancón pudo controlar tanto la acción de retaguardia de los conservadores mayores como las presiones de los radicales más jóvenes. Habría cambios dramáticos como consecuencia de la muerte en 1978 del Papa Pablo VI y su sustitución eventual por el conservador energético polaco Karol Wojtyla, conocido como el Papa Juan Pablo II. Irónicamente, en época de Tarancón, la Iglesia española pasó de vivir en un contexto de un papado liberal y un régimen reaccionario a vivir con un papado conservador y un régimen democrático.

El inmenso mérito del cardenal Enrique y Tarancón fue su aguda sensibilidad frente a los cambios complejos a los que fue sometida una Iglesia abofeteada por los vientos de cambio desde Roma y una evolución sociológica que reflejaba los profundos cambios sociales de una España que se modernizaba a pasos de gigante. Él -y su Iglesia- hizo una contribución crucial a la naturaleza pacífica de la transición a la democracia al disociarse públicamente de la dictadura.